

Los antecedentes de la intervención extranjera: la República y Francia *

ÁNGELES EGIDO LEÓN **

A la hora de encararse con un problema histórico no siempre se valoran en su justa medida sus antecedentes inmediatos. Un ejemplo de ello puede ser el caso que nos ocupa. A pesar de haberse abordado el estudio de la actitud de Francia ante la Guerra Civil española, en cuyas motivaciones últimas no es nuestro propósito entrar ¹, resulta paradójico o cuando menos cuestionable que no se halla profundizado más en un aspecto de las relaciones hispano-francesas que en el período anterior salta inmediatamente a la vista: la visita del recién elegido Jefe del Gobierno francés, Edouard Herriot, a España en noviembre de 1932. Desde luego no ha pasado por alto que en la carencia de una política exterior, o al menos de lo que comúnmente se entiende por ella, se hallaba la base del aislamiento inicial en que se encontró el Gobierno frentepopulista español en 1936. Aunque el nuevo régimen había manifestado desde los primeros momentos su intención de alterar la tradicional inercia de la política internacional española, este deseo, preciso es reconocerlo, arrojó en la práctica escasos resultados. Un ejemplo de ello es la reacción española ante la visita de Herriot a finales de 1932.

La iniciativa, aunque Madariaga se la atribuye en sus *Memorias* ², partió de Francia, interesada en función del contexto internacional en

* El presente texto fue presentado originalmente al «I Coloquio Internacional sobre la Guerra Civil española», celebrado en Granada (octubre 1986).

** Dpto. H.^a Contemporánea UNED (Madrid).

¹ Vid. BORRAS LLOP, J. M., *Francia ante la guerra civil española. Burguesía, interés nacional e interés de clase*. Madrid, CIS, 1981, 414 págs.

² Vid. MADARIAGA, S. DE, *Memorias (1921-1936). Amanecer sin mediodía*. Madrid, Espasa-Calpe, 1977, pág. 364.

asestar al menos un duro golpe psicológico a sus rivales centroeuropeos. Así se deduce de la documentación existente en los archivos diplomáticos del Ministère des Relations Exterieures de París³, que revela también un cierto protagonismo del embajador en Madrid, Jean Herbette, en el proyecto de acercamiento hispano-francés. Herbette, en los despachos que envía al Quei d'Orsay, insiste desde comienzos de 1932 en la conveniencia de una alianza anglo-franco-española que garantizaría a España la seguridad en la frontera pirenaica (por Francia) y en los archipiélagos (por Gran Bretaña) y reforzaría los lazos de aproximación entre Francia y Gran Bretaña al encontrar, en el acercamiento a España, una base común de confluencia. Tampoco se le escapa al embajador francés que la situación española era especialmente propicia al existir «entre Francia y algunos de los hombres que gobiernan actualmente España (...) una afinidad que podría echarse en falta si nuestros interlocutores españoles llegaran a ser otros»⁴.

Esta sugerencia del embajador francés se enmarca, por otra parte, en un cambio de línea de la política exterior francesa. En efecto, la retirada de Briand de la política activa y la muerte de Maginot habían marcado simbólicamente el fin de una etapa. A comienzos de 1932, Madariaga, embajador español en París, ya advierte en este sentido subrayando que el deseo de procurar un descanso a Mr. Briand, que había representado, junto con Stressemann, la voluntad de entendimiento franco-alemán, y la crisis provocada por el fallecimiento de Maginot iban a dar entrada en la política francesa a nuevas figuras, singularmente Tardieu y Laval, lo que hacía prever «una mayor decisión de trazo» en la línea exterior de la República francesa⁵. Observación que se verá confirmada cuando a finales de febrero de 1932, al formarse un nuevo gobierno presidido por Tardieu, éste anuncie inmediatamente su deseo de estrechar los lazos con Gran Bretaña y su voluntad de fundir en uno, que tomaría el nombre de Defensa Nacional, los tres ministerios (Guerra, Defensa y Aire), centralizando así la toma de decisiones en materia de política internacional⁶.

En esa nueva línea política también parece reservado un lugar a España, al menos así se deduce de las insinuaciones que Tardieu hizo

³ Datos cedidos amablemente por Feliciano Páez que prepara su tesis doctoral sobre las relaciones hispano-francesas durante la II República.

⁴ MRE, Espagne, núm. 213, despacho «muy confidencial» núm. 268 bis, sin fecha visible, aunque correspondiente a mediados de marzo de 1932.

⁵ AMAE R. 329/1 Política, despacho núm. 100 (16 de enero de 1932).

⁶ AMAE R. 329/13, Política, núm. 329 (29-II-1932).

al ministro de Estado español, Luis de Zulueta, sobre la posibilidad de llegar a un acuerdo pacífico sobre el Mediterráneo, un «Locarno mediterráneo», basado en el mantenimiento del *statu quo*, entre todas las potencias interesadas⁷. Esta posibilidad obligada lógicamente a contemplar también una aproximación a Italia que en Francia se consideró en el marco de una política de inteligencia latina que estrecharía el cerco sobre Alemania. El acercamiento a Gran Bretaña y el intento de aproximación a Italia pueden considerarse, en efecto, los dos pilares básicos del «viraje» que el gabinete Tardieu intentó dar a la política exterior francesa. En realidad, eran muchos los síntomas que dejaban entrever la intención francesa de ampliar el círculo de sus amistades, limitadas antes a Bélgica, los países de la Petite Entente y Polonia, y consecuentes a la política de Briand partidario siempre de que las amistades de Francia se fundieran en el marco de la Sociedad de Naciones. La inteligencia con Italia y el acuerdo amistoso con Gran Bretaña representaban sin duda un viraje respecto a la política de Briand de inteligencia con su rival⁸, no ajeno naturalmente al recrudescimiento general de la conflictividad internacional ni a la radicalización en particular de la situación en Alemania, que ya apuntaba a un no demasiado lejano triunfo de Hitler.

La victoria del «cartel» de izquierdas en las elecciones de junio de 1932 podía haber significado un cambio de panorama, en tanto la disimilitud de regímenes políticos, en relación con Italia, se hacía aún más evidente. Sin embargo, parece que el fracaso de las tentativas de acercamiento franco-italiano es más imputable a Italia, especialmente a Mussolini, que a Francia. Desde el punto de vista francés éste sería, según todos los indicios hacen suponer, uno de los argumentos clave para comprender el acercamiento a España. Inquieta por la actitud de Italia, que a su vez desconfiaba de las intenciones francesas, Francia decidió tantear otra alternativa. No cabe duda de que a Francia España le interesaba por su posición mediterránea, en relación con Italia, pero también por su presencia en Ginebra, en relación con Alemania, donde la actuación española, a propósito del conflicto manchuriano y en la conferencia del desarme, había dado alarmantes síntomas de independencia. Hacia estos dos polos apunta la visita de Herriot. En efecto, aunque las referencias directas a ella en la correspondencia diplomática no son ni en España ni en París todo lo abundantes que hubiera cabido esperar, los datos manejados señalan la existencia por parte francesa de un doble objetivo: por un lado, se trataba de sondear la actitud del Gobierno español res-

⁷ AMAE R. 860/72. «confidencial», (4-III-1932).

⁸ AMAE R. 329/7, Política, núm. 420 (19-III-1932).

pecto al posible paso de tropas coloniales francesas por territorio hispano en caso de conflicto; por otro, se barajaba la posibilidad de desviar la política española de colaboración con los neutrales en Ginebra hacia una posición más proclive a Francia o susceptible de ser mejor controlada por ella, aunque naturalmente esto no se confiese explícitamente, aludiendo en cambio a proposiciones más difusas sobre la formación de un bloque de potencias democráticas, en la que tendría cabida España, para contrarrestar la escalada belicosa y rearmista de italianos y alemanes.

Ambas preocupaciones subyacen en las propuestas que Herriot hizo al embajador español en una entrevista mantenida el 13 de agosto de 1932 —que no consta en AME pero sí en las *Memorias* de Madariaga— donde aparece, en efecto, tanto la preocupación francesa por el rearme alemán como su prevención ante Italia y el disgusto por las maniobras aeronavales italianas (basadas en el supuesto de que Francia había ocupado las Baleares y trataba de impedir el paso de la flota italiana desde Tripolitania hasta Italia)⁹ que Herriot consideraba una provocación. Por otra parte, en Francia se desconfiaba del talento político del Duce quien, limitado por condicionamientos de seguridad personal, no podía salir de su territorio y, a decir de Léger, sólo veía el mundo «por un periscopio»¹⁰. Herriot, más realista, consideraba que se estaba más cerca de la guerra que de la paz y, dada la situación internacional, lo que Herriot esperaba averiguar era si podía contar con España en caso de guerra. En términos concretos eso significaba una cierta garantía de que España no se opondría al paso de sus tropas coloniales hacia la metrópoli y tal vez a una posible utilización de las Baleares como base de apoyo en el Mediterráneo occidental. Para no levantar suspicacias innecesarias, esa garantía no necesitaba apoyarse expresamente en una alianza militar. Por otra parte, una aplicación estricta del Pacto de la Sociedad de Naciones, que España había suscrito, y especialmente del A.º 16, podía considerarse que la incluía. A cambio, Francia ofrecía «desentenderse de los italianos y consagrar a España [sus] preferencias exclusivas, comerciales, económicas, etc...»¹¹.

La respuesta de Madariaga lógicamente es cauta y lo es por razones obvias, una decisión de este tipo supondría la incorporación de España a una política exterior «activa» de la que había permanecido alejada durante casi dos siglos. Por otra parte, con no haber ocultado la República

⁹ Vid. COVERDALE, J. F., *La intervención fascista en la guerra civil española*. Madrid, Alianza Ed., 1979, pág. 53.

¹⁰ MADARIAGA, S. DE, obra citada, pág. 366.

¹¹ *Ibidem*, pág. 371.

sus simpatías hacia Francia, también era evidente que existían tanto en la oposición política como en la opinión pública sectores opuestos a una vinculación de este tipo. En cualquier caso, la propuesta de Herriot no tenía por qué empañar lo que en principio quería limitarse a una muestra de cordialidad entre las dos repúblicas, pero tampoco obviar la preparación de una contrapartida por parte española, sobre todo en aquellas cuestiones pendientes con Francia (contingentes, Marruecos, situación de los obreros españoles en Francia, actividades de los exiliados monárquicos...) que desde la proclamación del nuevo régimen habían aparecido intermitentemente en la relación bilateral ¹².

Las intenciones francesas a que antes aludíamos parecen más explícitas en una nueva entrevista de Madariaga, esta vez con Léger, celebrada unos días después (el 27 de agosto). Aunque el responsable francés limita el viaje a dos aspectos: afirmar la cordialidad entre dos regímenes afines y hacer constar que el modo común de enfocar los problemas internacionales era una consecuencia de los principios republicanos de orden y paz, de ellos podrían derivarse otras alternativas que la diplomacia española no parece muy dispuesta a considerar o al menos a llevar hasta sus últimas consecuencias. En todo caso, lo primero venía a constituir un refrendo al nuevo régimen español recientemente amenazado por el levantamiento militar de Sanjurjo. Lo segundo, en cambio, respondía a una inquietud más concreta sentida singularmente por Francia a tenor de la situación internacional. Francia, que ya había manifestado su inquietud por la actitud sostenida por España, especialmente puesta de relieve por Madariaga, en la cuestión manchuriana y en el desarme, necesitaba asegurarse de algún modo la no disidencia española ante la escalada del rearme alemán. De ahí que Léger se explayase en su deseo de constituir una coalición de potencias democráticas encabezada por Francia, Gran Bretaña y Estados Unidos, en la que esperaba entrase España, que se vincularía así más estrechamente a la política francesa en detrimento del papel que hasta entonces había venido desempeñando en el grupo de países neutrales en el marco de Ginebra. Madariaga naturalmente no está en condiciones de comprometerse en una maniobra de tal calibre y así se lo hace ver a Léger que inmediatamente constriñe el marco de su solicitud: no se trata de una alianza militar, sino fundamentalmente de un golpe psicológico que Francia desea asestar a sus rivales centroeuropeos. El concurso español le permi-

¹² AMAE R. 329/3, Política, informe extenso de la embajada de España en París anejo al despacho núm. 490 (23-III-1932).

tiría sentirse más «arropada» en sus relaciones con Italia y con Alemania¹³.

Esta misma pretensión se deduce de la conversación que a finales de septiembre sostuvieron Herriot y el ministro de Estado español, Luis de Zulueta. El Jefe del Gobierno francés aludió a la mantenida anteriormente con el embajador español aunque intentó suavizar sus términos, si bien se ratificó elocuentemente en que la actitud de Italia y Alemania constituía «un peligro para la paz y para la libertad. Hay que ser un niño —dijo— para no comprender que si la situación no mejora, se avecina la guerra». La clase de apoyo que esperaba obtener de España es también expuesto por Herriot sin ambages: «un apoyo ya moral, ya político, análogo al que Francia tiene con Inglaterra, y que podría cristalizar en acuerdo escrito o no escrito», puntualizando, tras ridiculizar la pura simpatía moral, «que no trataba únicamente de aquella, que suele ser un estado emocional sin fruto ninguno, sino de algo más sólido y efectivo»¹⁴. Zulueta recogió las sugerencias de Herriot, aunque sin comprometer nada y eludiendo expresamente emplear el término «coincidencia política», aunque se explayase en las coincidencias morales, etc.

La conversación arroja un balance de tanteo recíproco, más afinado en el caso de Herriot y aún expectante en el caso español. La última palabra la tenía el Gobierno y su Jefe era Azaña. Desgraciadamente Azaña no ha dejado constancia en sus *Memorias* de la visita de Herriot. Su diario se interrumpe el 22 de julio de 1932, es decir antes de las conversaciones preparatorias del viaje, y se reanuda el 1 de marzo de 1933 sin referencia a lo ocurrido en ese intervalo. En cualquier caso, la visita se redujo a aspectos protocolarios. Herriot entregó la Legión de Honor al Presidente de la República española: Alcalá Zamora, que tampoco se muestra muy perspicaz a la hora de valorarla —«no creo que persiguiera otro propósito que el de evidenciar una buena amistad»¹⁵—, visitó el Prado, Toledo, y los resultados prácticos se limitaron a la firma de tres convenios de reciprocidad respecto al régimen de trabajo y asistencia social de los obreros franceses y españoles. Azaña eludió conscientemente cualquier ocasión de haber obtenido otro resultado. ¿Hubiera cambiado la actitud de Francia en 1936 si Azaña hubiera aceptado en 1932 un compromiso más concreto? La respuesta es arriesgada. La actitud de Francia ante la escalada hitleriana que amenazó a Bélgica, Po-

¹³ MADARIAGA, S. DE, obra citada, págs. 365-7 y 594-600.

¹⁴ AMAE R. 860/72, carta de Zulueta a Azaña (30-IX-1932).

¹⁵ Vid. ALCALÁ-ZAMORA Y TORRES, N., *Memorias*, Barcelona, Planeta, 1977, pág. 325.

lonia y los estados de la Petite Entente con los que mantenía vínculos más estrechos hace suponer que en último término no hubiera variado ostensiblemente. No obstante, no cabe duda de que España, aunque las razones de Azaña eran obvias, desaprovechó una ocasión de vincularse más directamente a la política europea que tal vez, si bien sólo tal vez, hubiera proporcionado un apoyo más directo a la República en la coyuntura de julio de 1936.

En la práctica, nada se abordó. No obstante, los rumores sobre una posible alianza llegaron a la prensa que comentó la visita según sus preferencias ideológicas. La prensa monárquica se mostró partidaria de no romper la neutralidad a ningún precio, aunque aprovechó para subrayar que la República, a pesar de sus intenciones, no hacía sino ratificar la línea iniciada por la Monarquía¹⁶. Los sectores más extremos no perdieron ocasión, sin embargo, para llamar la atención sobre lo que Francia quería de España en relación con Italia, insistiendo en que si se accedía se violaría, una vez más, un artículo de la «flamante Constitución española»¹⁷, en clara alusión a la renuncia a la guerra como instrumento de política nacional de A.^o 6, a la vez que el incipiente totalitarismo español tejía los hilos de su teoría sobre la conspiración judeo-masónica contra España presentando a Herriot como un nuevo Napoleón¹⁸. La prensa confesional es la más acérrima defensora de la neutralidad. No interesaba que la República se acercase a Francia, pero sobre todo que no se alterase la neutralidad y menos que se hiciese en favor de Francia¹⁹. *El Debate* reaviva los rumores sobre la alianza militar, recogiénolos de la prensa extranjera, que relacionaba la visita de Herriot con el nuevo plan de desarme francés presentado en Ginebra, destacando al respecto el dragado del puerto de Mahón, los planes para construir un túnel bajo el Estrecho, y alentando la tesis de las compensaciones francesas —se habló de la cesión de Río de Oro a cambio de ciertos derechos en Tánger— y de la utilización de Baleares como base de apoyo. Incluso se interpretó como signo evidente de la relajación de la afinidad Mussolini-Primo de Rivera²⁰.

Sectores comunistas y confesionales, aunque minoritarios, recibieron a Herriot con signos de franca hostilidad. Hubo huelga estudiantil y grupos de manifestantes intentaron dirigirse a la embajada francesa en pro-

¹⁶ *ABC*, 17-XII-1932.

¹⁷ *Acción Española* III-17 (16-XI-1932), pág. 529.

¹⁸ Onésimo Redondo en *Igualdad*, 28-XI y 12-XII-1932.

¹⁹ *El Debate*, 20-X-1932.

²⁰ *El Debate*, 5-XI-1932.

testa contra «el pacto de guerra Azaña-Herriot». La prensa izquierdista extrema, en efecto, sobre todo la comunista y anarquista, tampoco recibió con agrado al Jefe del Gobierno francés que para ellos representaba los intereses imperialistas que destruyeron la fraternidad del proletariado internacional en 1914²¹. *Frente Rojo* no oculta las intenciones de «Azaña, que en diversas ocasiones ha cantado la gloria de la amada República francesa; Prieto, emigrado agradecido; y Domingo, correligionario de Herriot; todos ellos saben muy bien los intereses que representan y, fieles al mandato de la burguesía española, no se opondrán a ninguna pretensión de Herriot»²². En realidad, la visita les proporciona un argumento más en su propaganda antirrepublicana y antifrancesa que en 1932 era todavía transparente. La prensa anarquista no se queda atrás. Subraya igualmente las maniobras militares, la «reforma del equipo militar», el aumento de los presupuestos de Guerra y Marina, y los rumores de una alianza militar en la prensa extranjera. Su juicio no puede ser más drástico: «en otros tiempos era Alfonso XIII quien intentaba aventuras guerreras al lado del Gobierno francés. Ahora no es un monarca, sino un presidente de la República. Azaña sigue las huellas de Alfonso, de igual modo que Herriot sigue las del Káiser»²³. También los anarquistas hacen propaganda pacifista aunque en otro tono. Ellos también proclaman ¡abajo la guerra! pero esperan que el pueblo español irá a ella, si bien será un guerra distinta, una guerra social²⁴. Desde su punto de vista la revolución francesa primero y la rusa después habían sido traicionadas y el viaje de Herriot podía levantar la espita: «Iberia vibra de entusiasmo y fervor revolucionario. Ella es, después de Francia y Rusia, la predestinada a realizar la verdadera revolución, trazando a la Humanidad toda la senda salvadora para librarse del caos y esclavitud capitalista»²⁵.

La prensa oficial se limitó a presentar la visita como una prueba de fraternidad entre las dos repúblicas, desmintiendo cualquier intención de pacto o alianza militar²⁶, así como los rumores alentados por la prensa italiana y recogidos por sectores reaccionarios franceses, ingleses y alemanes y por la prensa española de que España colaboraría con Francia en el Mediterráneo a cambio de compensaciones coloniales y en detrimento de Italia. El régimen fascista se alarma porque comprueba que la

²¹ *Solidaridad Obrera*, 22-X-1932 y *Frente Rojo*, 22-X y 1-XI-1932.

²² *Frente Rojo*, 17-IX-1932.

²³ *Solidaridad Obrera*, 22-X-1932.

²⁴ *Solidaridad Obrera*, 1-XI-1932.

²⁵ *Solidaridad Obrera*, 5-XI-1932.

²⁶ *Heraldo de Madrid*, 14-X-1932.

época en que España, tras «los acuerdos secretos de los reyes en Roma», actuaba como gendarme de Mussolini en Europa se ha terminado²⁷. España, aseguran, no actúa ahora a remolque de ninguna potencia como había ocurrido en el período monárquico²⁸. En el mismo sentido se orientan las declaraciones de Zulueta desde el banco azul asegurando que «jamás el Gobierno de la República concertaría acuerdos secretos que serían opuestos a su criterio propio y contrarios a la letra y al espíritu de la Constitución»²⁹.

Los socialistas, que colaboraban con el Gobierno en aquel momento, valoraron el viaje sobre todo por su alcance político, presentándolo como una prueba evidente de la «condenación terminante y amenazadora para los autores de cuantas confabulaciones monárquicas se celebran actualmente y se celebren en lo futuro en territorio francés», y como «una humillación despiadada» al ex Rey de España y a toda su familia³⁰. La alusión no iba descaminada porque tras la intentona de Sanjurjo se había presentado una interpelación en el parlamento reclamando responsabilidades a la embajada española y revelando suspicacias ante la actuación de determinadas autoridades francesas, concretamente el prefecto de París Mr. Chiappe, en relación con los exiliados monárquicos españoles. La documentación del Archivo de Exteriores, sin embargo, no deja lugar a dudas sobre el seguimiento y control de las actividades antirrepublicanas³¹; en cuanto a la actitud francesa, la opinión del embajador Herbette no puede ser más elocuente: «no debemos desear que se produzca golpe alguno (...) ya que una dictadura se orientaría naturalmente hacia potencias que no nos son favorables, del mismo modo que una República parlamentaria está naturalmente orientada hacia nuestro país»³².

La impresión que deducimos del material consultado es que Herriot se marchó un tanto desconcertado. No esperaba la hostilidad que determinados grupos, aunque minoritarios, le demostraron ni tampoco la inhibición de Azaña que no consintió en entrevistarse a solas con el Jefe del Gobierno francés. No obstante, Herriot pudo llevarse una buena impresión del pueblo español que le desagrávió en la despedida, multitudinaria

²⁷ *Heraldo de Madrid*, 9-XI-1932.

²⁸ *El Sol*, 24-XI-1932.

²⁹ DSCC, XV (18-X-1932), pág. 8.919.

³⁰ *El Socialista*, 4-XI-1932.

³¹ AMAE R. 329/3, núm. 1.566, Aguinaga al Ministro de Estado (29-IX-1932) y R. 903/51, informes de Madariaga (29-VIII y 20-X-1932).

³² MRE, Espagne, 155, despacho núm. 583 (22-VI-1932).

y al son de la Marsellesa, y así parece que fue a tenor del despacho que Herbertte remite al día siguiente de su partida. En él da cuenta de una entrevista con Zulueta en la que el ministro subraya el entusiasmo del pueblo español y resta importancia a los primeros incidentes. Herbertte comparte su opinión y finaliza recogiendo, y suscribiéndola, una observación de Zulueta: «aunque no haya tenido contenido político propiamente dicho, este viaje tiene indudablemente una gran significación política»³³. Significación que podía haber sido mayor, cabe suponer, si la actitud de Azaña hubiera sido otra.

En cualquier caso, la observación parece fruto de una hipervaloración porque lo cierto es que la visita de Herriot no puso coto ni a las actividades de los antirrepublicanos españoles en Francia ni a la actitud hostil de un sector de la prensa francesa. Por el contrario, las actividades de los exiliados españoles y las campañas de la prensa francesa se avivaron en torno a ella. Para la derecha española la postura, como hemos visto, estaba clara: antirrepublicanismo y francofobia era una combinación clásica. Pero para la derecha francesa y para la derecha española residente en Francia el problema era más complicado: había que demostrar que a Francia no le convenía la amistad española sino la garantía de neutralidad y que las manifestaciones de hostilidad a Francia no procedían de la derecha española sino de la izquierda imbuida de «ginebrismo», aun siendo ambas hartamente discutibles. No obstante, a ilustrar estos argumentos se dedicó la prensa francesa hostil a la República, desde *L'Action Française* hasta la más conservadora como *L'Intransigeant* o *La Revue Mondiale* y naturalmente el semanario de extrema derecha *Je suis partout*³⁴. Exageraciones propagandísticas aparte, la verdad es que Herriot extrajo una consecuencia clara: España no estaba dispuesta a comprometerse, y el resultado inmediato no se hizo esperar: en el congreso radical de Toulouse celebrado a finales de 1932, Herriot tendió la mano a Italia con palabras comprensivas hacia las pretensiones revisionistas de Mussolini.

Preguntémonos nuevamente ¿hubiera cambiado la actitud francesa en 1936 si la receptividad española en 1932 hubiera sido mayor? Preciso es reconocer que todos los indicios apuntan hacia una respuesta negativa. La visita de Herriot respondió a unos condicionamientos muy concretos de la situación política internacional —en 1932 aún era posible confiar

³³ MRE, Espagne, 213, despacho núm. 929 (4-XI-1932).

³⁴ Sobre todo los artículos firmados por René RICHARD. Un ejemplo: «Mr. Herriot humiliado», en *Je suis partout*, 12-XI-1932.

en Ginebra, aún cabía llegar a un acuerdo factible para el desarme, aún no había subido Hitler al poder...— que evidentemente no eran los mismos en 1936. Tampoco lo era la situación interna de Francia —que parece en último término la determinante de la decisión francesa sobre la Guerra Civil española³⁵— y, finalmente, tampoco Francia dudó en sacrificar a sus aliados centroeuropeos cuando la amenaza nazi se hizo realidad. Todos estos datos pueden aducirse en descargo de Azaña, siempre realista a la hora de analizar la situación española, aunque no puede evitarse dudar si en este caso fue lucidez o simple imprevisión. Su actitud puso en evidencia que el Gobierno republicano no estaba dispuesto a mayores compromisos, ni siquiera dentro de los límites del Pacto de la Sociedad de Naciones, lo que puede ser considerado síntoma de realismo; pero también lo es de imprevisión el que ni siquiera se preparase, ya que era Francia la que solicitaba nuestro concurso, una negociación al menos en los temas pendientes con ella: cuestiones económicas, coloniales, actividades de los exiliados monárquicos... Azaña se desentendió literalmente de la visita y tal vez la República pagó en 1936 esta desidia. ¿Lucidez o simple imprevisión? En este, como en otros muchos casos, los extremos se tocan.

³⁵ Vid. BORRAS LLOP, J. M., obra citada.